

CAPITULO VIII

UNA FIESTA PÚBLICA

EN EL CAIRO.

HABIA acabado apenas de comer, y me disponia á dirigirme ya á mi cuarto para descansar y dormir, cuando ví llegar á Fortunato, que entró en el comedor gritando:

—¡Mr. Portiló, Mr. Portiló!

—¿Qué sucede? le pregunté.

—Sucede que esta noche hay una gran fiesta pública en la plaza que está frente al palacio de la reina madre.

—¡Y bien!

—Y bien, que será una escena singular, y no debe vd. quedarse sin verla.

—De buena gana la veria, pero estoy muerto de fatiga.

—Haga vd. un esfuerzo; soy dragoman de vd. y estoy obligado á mostrarle cuanto haya aquí de notable. Con tal carácter, aconsejo á vd. no pierda la excelente oportunidad que se le ofrece de ver una cosa curiosa, de aquellas que muy de tarde en tarde se presentan en el Cairo.

No hubo manera de resistir. Tales instancias y tan reiteradas me hizo mi intérprete - «cicerone,» que acabé por decirle: ¡marchemos!

Al salir del hotel encontramos al capitán Felletti que vino con nosotros. Tomamos en el Muski tres borricos, y nos dirigimos al lugar de la fantasía. Las calles estaban oscuras, y no sabíamos por dónde caminábamos. Tres cuartos de hora duró nuestro viaje. Al cabo llegamos á un vasto local donde ardian millares de luces. El gentío innumerable se agolpaba obstruyendo el tránsito. La policía no ponía orden en este caos. Los carruajes atravesaban por en medio de aquella masa compacta, y habia momentos en que la gente, los coches y los caballos se mezclaban en tumultuosa confusion.

La corte se divertia magníficamente en el Cairo por aquellos dias. Los banquetes y los bailes se sucedian incesantemente, así como las partidas de recreo por el Nilo en elegantes «djabihs» (pequeñas embarcaciones), dignos de los mejores tiempos de la fastuosa Cleopatra. Entretanto que los próceres así se alborozaban haciendo gastos locos, y el Khédive gastaba en un mes el producto de las rentas de un año del Egipto, era preciso dar algo al pueblo para que no murmurara. Este pobre pueblo tiene que pagar al virey tasas insufribles, como sucedia al de Europa en la Edad Média. S. A. R. administra el país como cosa propia. José compró en su tiempo, cuando privado de Faraon, toda la tierra de Egipto, satisfaciendo su precio al pueblo con trigo, durante los siete años que el país se vió asolado por el hambre. De esta manera los Faraones vinieron á ser dueños de toda la tierra de Egipto, y la daban á sus súbditos en usufructo para que la cultivaran. Igual cosa pasa actualmente en este país. Los vireyes, sin haberla comprado, se reputan dueños de ella, y los «fellahs» no la cultivan sino á título de usufructo ó arrendamiento.

El pueblo, pues, que tiene que pagar impuestos personales, que no es dueño de la tierra, y que es gobernado por un soberano que lo mira como propiedad suya, era preciso tuviera tambien su parte

de regocijo para evitar que se indignase. Hé aquí la razón por qué se ordenó hacer esta fiesta pública.—

El palacio de la reina madre es muy extenso y hermoso interiormente. Su fachada bastante vulgar, es la de una casa común de dos pisos, pintada al óleo y de verde, con ventanas arriba y abajo, y dos puertas que corresponden á los dos extremos del edificio.

Frente á cada una de estas puertas habia esta noche una especie de armazon de madera con cuatro grandes entradas, y una tribuna en lo alto donde estaba colocada una banda militar. El estilo árabe de los arcos, junto con su pintura abigarrada y las mil luces que por todas partes colgaban, daban á aquellas portadas un aspecto singular, como si representaran algún cuadro de las «Mil y una noches.» Por debajo de los arcos se agitaba el gentío, y rodaban los coches triturrando huesos.

El palacio de la reina madre da cara á una plaza cuadrangular y extensísima. Este inmenso cuadro fué rodeado con una alta balaustrada de madera, de la cual pendian millares de faroles con luces. Bien es cierto que estas luces eran de velas de sebo; pero poco importaba que así fuera, supuesto que el efecto que producian era magnífico. En cada uno de los costados de la plaza habia dos entradas guardadas por soldados y otra especie de empleados civiles llenos de cordones y cintas de distintos colores.

Para entrar en la plaza era preciso mostrar á los guardianes los correspondientes billetes de invitación expedidos por el prefecto de la ciudad. Los extranjeros habian podido obtener estos billetes fácilmente por medio de sus cónsules respectivos. Como no hay cónsul de México en el Cairo, excusado es decir que no tenia yo billete de entrada. Así es que, aunque con gran deseo de penetrar en la plaza, me resolví á mirarla desde fuera, ya que no podia hacer mejor cosa.

Estábamos el capitán Felletí, mi dragoman y yo muy cerca de una de las puertas, tratando de estirar el cuello para ver algo sobre las cabezas de la multitud. Por fortuna uno de los guardianes era ita-

liano y amigo de Felletí. Tan luego como vió al capitán, hizo que un soldado nos abriera paso, y nos dijo que podiamos entrar sin billete ninguno. Con gran regocijo penetré en la plaza, pero con mayor asombro encontré que en su interior no habia mas que media luz muy escasa, y falta absoluta de adornos, de movimiento y de alegría. La plaza es tan grande, que las luces de los faroles que habia en torno, no podian disipar las tinieblas, y la multitud que allí habia no la llenaba.

En rededor habia tiendas de campaña, como si se tratara de dar habitación á un ejército. Estas tiendas eran de todas formas y maneras. Las habia muy pobres y muy ricas. En algunas se veian esteras sobre el suelo, y bancos de madera para servir de asientos. Muchas estaban tapizadas con ricas alfombras de la Persia. Suntuosos divanes de seda carmesí ornaban su interior, y los taciturnos egipcios que estaban reclinados en ellos, tomaban tacitas de café, y fumaban sus «narghilés.» Los «narghilés» son las pipas con agua que arriba dejé descritas. En otras tiendas habia músicos, que eran á la vez cantores, y llenaban el aire con sus notas descompasadas é inarmónicas.

Sobre las ocho puertas de entrada de la plaza se alzaban otras tantas tribunas cuidadosamente cerradas con celosías. Allí habia música, y mujeres que cantaban. Los mahometanos son tan celosos, los orientales mejor dicho, que no quieren que el público vea el rostro de las mujeres, siquiera sean mujeres tan corrientes como las cantadoras.

Dos cosas llamaronme la atención en esta «fantasía.» En primer lugar, que no hubiera una sola mujer en medio de la multitud. Las únicas que andaban por allí eran las europeas. Las egipcias se habian quedado en sus casas, como sucede con todas las mujeres mahometanas en casos semejantes. Pues es de saberse que los celos orientales no permiten á las mujeres mostrarse en público, ni para orar en las mezquitas; los hombres van al templo, y las mujeres se

encomiendan á Alá sin salir de su cautiverio, que es la habitacion de sus padres ó maridos.

Tambien me sorprendieron las tiendas que hallé en este lugar de paseo y pública alegría. Se me figuró ver en ellas el símbolo de este pueblo mahometano, árabe de origen, nómade, y cuyo destino parece ser vagar errante, plantando sus movibles habitaciones en lugares siempre distintos. Y me dió idea de que este pueblo mismo tiene siempre presente su cuna, que es el Desierto, y no olvida sus costumbres, y por carácter se inclina á su antigua vida, y ama con tiernísimo afecto todo aquello que se la recuerda.—

En medio de la plaza se levantaba alta armazon de madera, y sobre ella ardia una pequeña luz giratoria de magnesio. Esta armazon, y esta luz, y estos giros, tenian embelesada á la gente que se habia puesto en peloton en torno del maravilloso aparato para contemplarlo, con el semblante vuelto en alto, á riesgo de quebrarse el cuello.

Estaba la multitud entregada á su admiracion y pasmo, y yo á la contemplacion de su sorpresa, cuando salió fuego repentinamente del suelo, y un torrente de chispas se nos precipitó encima. El peloton quiso huir, y se embarazó el paso á sí mismo, y me lo embarazó á mí tambien, de modo que en vano traté de alejarme del peligro. Poco faltó para que aquel torrente de chispas me hubiera ardido los ojos, pues la falda de mi sombrero quedó como tostada al horno.

Y aquello no habia sido otra cosa mas que los fuegos artificiales que empezaban; fuegos que tendidos por tierra, habian sido súbitamente encendidos con ánimo de causar con ellos mayor sorpresa y mejor efecto.

El capitan Felletti se llenó de indignacion:

—Sacrrramento! dijo el viejo italiano enarbolando su baston.

—¿Qué va vd. á hacer, capitan? le pregunté.

—Voy á castigar á esta turba de imbéciles.

—Pero vea vd. que ellos no tienen culpa ninguna.

—¡Si son unos camellos! ¿No ve vd. que no nos dejan andar?

—Es que no pueden andar ellos mismos.

El capitan bajó su grueso palo, convencido de que yo le hablaba en razon; pero siempre furioso, se encaró con la multitud, diciéndole, como si hubiera podido ser comprendido:

—¡Canalla estúpida! ¡Manada de animales!

Esto me representó muy á lo vivo el triste papel que hace un pobre pueblo considerado inferior, cuando extranjeros que se juzgan cultos se mezclan con él para explotarlo.

Al terminar la refriega, nos encontramos trasladados al otro extremo de la plaza, junto á la puerta opuesta á la que nos sirvió de entrada.

Un hombre del pueblo, que seguramente se sentia muy deseoso de penetrar en la plaza, atisbó un momento en que los guardianes estaban distraidos, y se coló en el recinto. Iba ya á confundirse con la multitud, cuando dieron aviso al guardian de su furtiva entrada los compañeros suyos que habian quedado fuera, y estaban envidiosos al verlo penetrar solo. Los guardianes se echaron sobre aquel desgraciado, y á puntapiés y rempujones lo arrojaron de la plaza.

Esta escena me hizo pensar en las innumerables de la misma especie que á cada paso se representan en la República mexicana. Recorde aquellos agentes de policia vestidos y armados como bandoleros, corazones crueles y cobardes, que desfallecen á la vista del peligro ó la fuerza, y no se duelen de la debilidad ni la desgracia. Ellos se arrastran como culebras á los piés de los que temen, y se lanzan como tigres sobre el desvalido, teniendo un placer especial en envilecerlo y torturarlo.

¿Cuándo será que la dignidad humana sea respetada en todas partes, y que el hombre no trate al hombre como si fuera una bestia? En México por la causa mas ligera se levanta la mano y se golpea. Este poco respeto á las personas, es el triste fruto que nos han dejado cincuenta años de revoluciones. Pero ha de venir un tiempo, lo